

Charles de Gaulle

Juan José Cabedo Torres

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

I

El avión maniobró con precisión rutinaria y se acercó lentamente al brazo articulado que le tendía el edificio de cristal. El fuselaje se ensambló con un bufido mecánico y el comandante empezó a desconectar uno a uno los sistemas de la cabina. Cuando al fin se abrió la puerta, el grupo de pasajeros en tránsito –diez o doce a simple vista de la sonriente azafata– corrió por el pasillo umbilical hacia las sala C, donde tenían que enlazar con otro vuelo. En el interior de la nave quedaron los que, en este destino, desertaban de su condición de viajeros y podían permitirse el lujo de recolectar con calma el equipaje de mano mientras se abandonaban a un placentero cansancio.

Los pasajeros en tránsito ya se habían atisbado durante el vuelo a medida que se acumulaba el retraso. El desasosiego desarrolla en algunas personas un sexto sentido que facilita reconocerse en otros desasosegados. Los síntomas eran claros. Casi todos miraban insistentemente el reloj como si al hacerlo forzaran al tiempo a ser más considerado con las servidumbres del tráfico aéreo. A mitad del vuelo el nerviosismo mariposeaba en el estómago y, un poco más arriba, vaciaba las miradas.

Yo empiezo a currar temprano.

Si no llego a tiempo, ¿quién recogerá a los niños del campamento?

Precisamente mañana había quedado para firmar la escritura.

Los viajeros salieron más o menos en tropel. Enseguida, como una prolongación natural del grupo, se puso en cabeza una mujer madura que arrastraba tras de sí el neceser, la mochila y dos hijos. Los demás pasajeros en tránsito la seguían como cualquier manada desconcertada sigue instintivamente al líder espontáneo. La mujer caminaba decidida con el paso firme de quien sabe a dónde va o, al menos, lo simula. Nada de mostrar debilidad ante el enemigo, le había enseñado su padre, comandante de las Tropas Regulares en el Norte de África. El consejo funcionaba después de tantos años. Si la mujer frenaba, todos frenaban, si la mujer aceleraba el paso, los demás viajeros trotaban impelidos por el miedo a perderse en el laberinto de pasillos y cristaleras. Si alguien los observara detenidamente podría pensar que eso que les flameaba en la espalda como una cabellera extrañamente azulada era el alma, que se les quedaba atrás, pero no era cierto. Los pasajeros habían aterrizado, pero sus espíritus aún remoloneaban entre las nubes, remisos a su obligación de tomar cuerpo.

El grupo liderado por la mujer adelantó a los ejecutivos de la Clase Business en la intersección de los pasillos. La flecha bajo la palabra TRANSIT los condujo hacia la izquierda. No había tiempo para envidiar la gomina, el maletín, los puños blancos. Además era inútil. Aunque no lo sabían, los ejecutivos tampoco habían llegado a casa. Los viajeros no tenían tiempo para nada, ni para los sentimientos. Ellos tenían que subir a otro avión y punto.

Si el vuelo no se hubiera demorado en Roma, se lamentó una joven que viajaba con dos amigas. Cuando lleguemos a Madrid todavía nos queda el viaje en autobús hasta el pueblo, dijo la amiga rubia que se apresuraba a su derecha tratando de no descomponer la figura. Con lo bien que estaríamos ahora en la piscina, pensó la amiga morena, fascinada por el magnífico crepúsculo que enrojecía las cristaleras.

TRANSIT a la derecha, TRANSIT a la izquierda. Las puertas automáticas se abrían y se cerraban con un silbido neumático. Parece una película de James Bond, pensó un dentista de Palencia. ¿Qué tal me quedará el esmokin? El resto de los viajeros en tránsito directamente no imaginó nada, ocupados como estaban en correr para alcanzar el vuelo que se les escapaba. Para fantasías estoy yo, con la que está cayendo.

Tras la última puerta del penúltimo pasillo apareció un empleado que sostenía sobre su cabeza un cartel rotulado a mano. MADRID. Menos mal. Nos han esperado. Algunas almas que habían aplazado hasta el último instante la encarnación entraron en ese momento en sus respectivos cuerpos. Nerviosas sonrisas de alivio deformaban los rostros en una mueca, y la crispación abrazaba el cuello como una espuma tibia. La tensión se transformó como por ensalmo en felicidad tensa, casi selvática, que ascendía en ondas concéntricas hacia la cúpula del Aeropuerto.

Somos muchos y no han tenido más remedio que tenernos en cuenta. Me lo ha dicho la azafata. Quien habla ahora es un joven de Tolosa a quien el manejo de información clasificada le abomba un poco el pecho. Aunque todos los pasajeros en tránsito eran radicalmente individualistas, como corresponde a la época, algunos se sintieron transitoriamente reconfortados por el poder de la masa. El ser muchos los había salvado.

Ahora todas las miradas confluían en el empleado que sostenía el cartel sobre su cabeza. Éste esperó unos segundos a que el grupo se compactase y miró a su ayudante, una jovencita rubia que aprovechaba el verano para hacer las prácticas. La ayudante sonrió profesionalmente y empezó a contar cabezas. Once, doce, trece, están todos, jefe. El empleado asintió con la barbilla, se giró con cierta marcialidad residual de sus tiempos de cabo primero en Argelia e inició la marcha en silencio, perfectamente imbuido de su papel transitorio de guía.

El grupo se detuvo frente al mostrador principal. La azafata que casaba entre sí papeles de distinta procedencia levantó la cabeza y sonrió.

Lo siento, es demasiado tarde para su enlace. Aquí tienen el bono de alojamiento y la tarjeta de embarque para el primer vuelo de mañana. Dormirán en el Hotel Campanile. El vuelo AF687 a Madrid sale a las 07.10. Preséntese en la Terminal G a las 06.35.

II

El furgón se vencía en las curvas y los viajeros rodaban a derecha e izquierda como naranjas. Un joven de rasgos orientales preguntaban insistentemente por el avión que debía devolverlo a casa. El conductor no hablaba inglés e ignoraba todo lo que no fuera la misteriosa sintaxis de los pedales mientras se concentraba en abrir y cerrar violentamente las puertas en las paradas. El joven de rasgos orientales cargó la mochila, se anudó el miedo a la espalda y se apeó en la primera oportunidad. Terminal de carga. El conductor cerró la puerta y pisó el acelerador: conducción deportiva por los vericuetos de la ciudad aeroportuaria, que para él carecía de secretos. El conductor observó de reojo la carrera del joven en el retrovisor. Ése no coge el vuelo. Hay gente que no debería salir de su país, pensó, mientras calculaba cuántos circuitos le quedaban todavía para

completar la jornada.

Última parada, Hotel Campanile. Los náufragos bajaron del furgón aferrados al bono del hotel y a la tarjeta de embarque. No me esperaba el Hilton pero esto es realmente espartano, comentó un marido de mediana edad a su esposa. Es que viajamos en clase turista, le aclaró su mujer. Un autobús multicolor aparcó enfrente y de él descendió un grupo de niños que alborotó el vestíbulo con esa alegría artificial que inoculan los dibujos animados. Una legión de abuelas hacía cola para recoger las llaves de los cuartos. Había tres princesas, dos ratones y cinco patos.

La mujer que viajaba con sus hijos recordó el viaje que había hecho la década pasada a Disneyland París. Cómo pasan los años. Eran otros tiempos. Ahora los niños no quieren ir contigo ni a la esquina. Se pasan todo el día tumbados viendo la tele o enganchados a la Play Station. A éstos he tenido que prometerles una moto para que me acompañaran. La mujer miró a derecha e izquierda y, a falta de interlocutor, guardó sus quejas en el compartimiento de los monólogos estériles. Cuando le llegó el turno recogió la llave y se sacudió el pudo-ser-y-no-fue con un enérgico movimiento del cabello.

Todos los despertadores sonaron a las cinco menos cuarto.

Los últimos en bajar fueron una pareja de recién casados. Los viajeros se habían congregado junto a la parada y esperaban soñolientos la llegada del furgón. Se había hablado la noche anterior de presentar una queja. Alguien conocía a alguien que conocía a alguien a quien una misteriosa compañía aérea había indemnizado en una circunstancia semejante. Según el contrato están obligados a esperarnos, había dicho la madre de los adolescentes y lo repetía ahora, cuando la aurora empezaba a delimitar la línea del horizonte. No sabía que al comprar un billete firmaba un contrato, dijo un señor de Torrelodones que regentaba una droguería. Lo que pasa es que en esta época hay mucho overbooking y les ha compensado vender nuestros billetes. La chica que viajaba con dos amigas puso labios de marisabidilla y se sintió como si acabara de solucionar en público una ecuación de segundo grado. Anda, que vaya hotelito, hemos dormido en mejores fondas en España, ¿verdad, cariño? se quejó un señor que viajaba con su esposa. ¿Qué es overbooking?, preguntó la mujer a su marido. Lista de espera, le contestó éste en un bostezo. Es verdad, hay mucha demanda, comentó la jovencita que viajaba con dos amigas.

El furgón frenó y los viajeros subieron. Amanecía.

III

¿Cómo que ha habido un error? ¿Qué error ni qué niño muerto? ¿Y esto qué es? La madre de los adolescentes esgrimía la tarjeta del embarque. Los viajeros había formado un semicírculo tras ella y observaban expectantes la actuación de su líder, a quien todos habían concedido tácitamente la condición de brazo armado. Paco, tú no te calles, hazte valer. Espera, mujer, a ver qué pasa. La esposa lamentó la falta de empuje de su hombre. Si es que parece que tiene hor-

chata en las venas. Treinta años así son muchos años.

Dos horas después los viajeros habían formado un comité que exigía ser recibido por el director del Aeropuerto. Llegaremos hasta el Presidente de la nación si es preciso, Esto es una injusticia, No hay derecho, Es un atropello. El marido de la mujer gruesa también gritaba, aunque sólo salía de su cuerpo un hilito de voz. Seguramente el marido, de por sí, habría preferido mantenerse en un prudente segundo plano, desde donde se puede analizar con objetividad la situación, pero en ciertas ocasiones hay que dar la cara.

Lo siento mucho, lo siento muchísimo, pero todos los vuelos están completos. Comprendemos su problema y les embarcaremos en cuanto sea posible. Tengan paciencia, piensen en todo momento que trabajamos para ustedes. La interventora del Aeropuerto no dejaba de sonreír tras la mesa de madera clara. Juan Sebastián Bach resonaba en la caoba y serenaba el aire del despacho desde los altavoces camuflados tras las obras completas de Víctor Hugo. En el mostrador cuatro les entregarán los vales para la comida. Media hora después de la entrevista la interventora aún seguía sonriendo.

A las 20.32 despegó el último vuelo a Madrid. Completo. Los viajeros agacharon las alas, recogieron los talones de comida y el bono de alojamiento y regresaron al hotel. Alguien pensó que las carreteras y los pasos elevados formaban un entramado de luces y asfalto que enlazaba el Aeropuerto como un regalo de cumpleaños.

IV

¿Usted cree que hoy volaremos? El empresario mejicano había llegado el miércoles y todavía le sudaban las manos. Se estiraba los puños de la camisa e insistía en escrutar el horizonte a través de las cristaleras como si hubiera alguna posibilidad de huida. Hay que ser optimistas, dijo un estanquero de Ponferrada. No nos debemos dejar llevar por el desaliento, mintió el taxidermista rumano, que el jueves iba a cumplir su sexta semana. Amanecía sobre la parada del Hotel Campanile, pero daba igual: no quedaba ni un resquicio de esperanza para los viajeros con la tarjeta de embarque caducada: ellos nunca regresarían a casa. El aire, entretanto, ajeno a las contingencias de los humanos, traía envuelto en nubes pardas un húmedo presagio de otoño.

Ayer intenté ir a París, dijo el joven de pelo largo que siempre leía en un rincón de la sala de espera. Había llegado un poco después que los viajeros y lo habían alojado en la misma planta. Convencí a una anciana para que me sacara el billete, esperé en el andén simulando que leía un periódico atrasado pero cuando llegó el tren, no fui capaz de alcanzar el estribo. Fue un poco extraño.

¿Sintió como si una mano gigantesca lo retuviera? preguntó el linotipista de Glasgow. El joven que siempre leía miró al hombre un instante, luego buscó dentro de sí la respuesta: No, ninguna mano me retuvo. Simplemente dejé de sentir la necesidad de irme.

La joven que siempre escuchaba música se quitó los auriculares. Es curioso. He oído en la cola de los lavabos que la semana pasada una pareja de alemanes intentó escapar a través del bosque que bordea la pista principal. Dicen que reptaron en la noche hasta la línea de árboles pero que una vez allí no pudieron

continuar. Dicen que regresaron porque fueron incapaces de recordar las razones que les impulsaban a huir. ¿Seguro que no hablaron de una mano gigantesca?, insistió una vez más el hombre.

Eso son consejas y rumores, globos que lanza el Sistema para dividir a los obreros, dijo un soldador de Renania. El tiempo le había arrugado el cuerpo pero no había podido atemperar el espíritu radical de sus años de sindicalista en la Volkswagen, cuando lucía un vientre plano y unas patillas exuberantes.

Al final de la primera semana los viajeros, cansados de errar por mostradores y pasillos, instalaron el cuartel general en la sala de espera más cercana a las puertas de embarque. Las autoridades del Aeropuerto hicieron la vista gorda ante esta pequeña conquista. Si se les permite una rebelión parcial se reduce considerablemente el riesgo de una sublevación absoluta, había pontificado el psicólogo de la empresa mientras se masajeaba las marcas rojas que le dejaban las gafas en el puente de la nariz. Los ejecutivos asentían impelidos por un muelle común mientras pensaban que la inteligencia mal encauzada siempre es una amenaza.

Alguien propuso elevar pliegos y pliegos de protestas hasta colapsar los conductos burocráticos. Yo escribo todos los martes, informó un relojero italiano. El orgullo le coloreó levemente las mejillas.

La pareja de recién casados había decidido aprovechar el tiempo y había habilitado con cordel de embalaje y unas cuantas mantas de ALITALIA un reservado cerca de la máquina de refrescos. Es que aquí lo que sobra es tiempo, se justificaban para estar todo el día dale que te pego. La jovencita que viajaba con dos amigas tampoco se dormía: le había echado el ojo a un empleado de SAS, un joven espigado y lechoso, de chaqueta cruzada y modales finos.

Un martes corrió la noticia por todas las salas: había desaparecido una enfermera de la terminal H. Se decía que, en un golpe de audacia, había conseguido embarcar en el vuelo de Nairobi escondida entre las bandejas del almuerzo. Desde allí tiene alguna posibilidad, opinó una funcionaria de correos. Es verdad, en Tanzania no son tan rígidos, me lo ha dicho mi novio, que trabaja en la SAS, se ufanó la joven que viajaba con dos amigas. La rubia no prestó mucha atención. Tampoco ella se dormía. Se estaba trabajando a un guardia de seguridad que vigilaba la puerta catorce, justo al lado de la aduana. En Navidad dejará a su mujer y a los niños, soñó, y nos iremos a vivir a un apartamento.

Pues en la Terminal C vive un ingeniero de Minas que ha diseñado un túnel para salir al otro lado de las pistas, susurró un empleado de la RENFE que en maldita la hora había decidido celebrar las bodas de plata con un Combinado de Ciudades Imperiales, la Europa de las Fuentes y de los Palacios lo llamaba el tipo de la agencia de viajes. Su interlocutor, un funcionario del Ministerio del Interior miró a derecha e izquierda con gesto que tenía algo de gallináceo y propuso: Podíamos unirnos a ellos. ¿Usted cree?, susurró el empleado de la RENFE enarcando las cejas. Por supuesto, contestó con aplomo el policía a quien en la Academia le habían enseñado a mentir sin pestañear. Es que dicen, dudó el empleado de la RENFE, dicen que llegados a cierto punto se te quitan las ganas de irte, como si te desaguaran del cerebro. Pamplinas, insistió el funcionario del Ministerio del Interior. Aquí lo único que hace falta es un buen par de huevos.

V

Bajo la luz pálida, casi blanca del solsticio de invierno nadie se acordaba de los dorados atardeceres de otoño ni mucho menos del intenso crepúsculo del verano. Un sol blanco como una luna excesiva recortaba la bruma con nitidez salvaje. Al acercarse el cambio de año se contabilizaron dos divorcios, tres separaciones temporales y un embarazo.

La Navidad trajo esa tristeza sorda que subyace bajo la alegría plastificada. Se rumoreó que tres senegaleses habían conseguido telefonar a Mombasa, pero casi todo el mundo opinó que había sido una conversación simulada con un móvil falso. Es lo más probable, tal y como están las cosas. En Nochevieja el Aeropuerto distribuyó un botellín de vino espumoso por cabeza, narices postizas y medias lunas de jamón y queso.

VI

El viento del Este barrió el invierno. Con la llegada del buen tiempo los viajeros pegaron la nariz al cristal y un leve brillo, tenue como la llama mortecina de un candelabro les encendió los ojos. Alguien comentó con un deje de nostalgia que más al Sur estarían floreciendo los almendros. En algún lugar de Rusia los abedules rebrotaban y bandadas de ánades volaban hacia el Norte. Todo un riesgo para la navegación aérea, se opinó en algunas salas. La primavera renovó catarros y alergias y alguna que otra esperanza. Cuando los días se alargaron y el amanecer empezó a desprender un aroma dulce y metálico de tierra recién creada, el sol de marzo desperezó las ilusiones adormecidas bajo la piel del invierno. No os preocupéis. Saldremos de aquí. De este verano no pasa.

Juan José Cabedo Torres